

DR. FRANCISCO NABOT Y TOMÁS

PROFESOR DE ESTA UNIVERSIDAD LITERARIA

---

ELOGIO  
DE MIGUEL DE CERVANTES  
SAAVEDRA

POR EL

RDMO. DR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ  
ARZOBISPO QUE FUÉ DE TARRAGONA

EN LAS SOLEMNES HONRAS FÚNEBRES CELEBRADAS  
POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EL 26 DE ABRIL DE 1916  
EN LA PARRÓQUIAL IGLESIA DE SAN JERÓNIMO  
EL REAL DE MADRID EN EL TERCER  
CENTENARIO DE SU MUERTE

---

Publicado en LA ACADEMIA CALASANCIA  
(Febrero y Mayo-Junio de 1925)

Con Licencia Eclesiástica

BARCELONA  
IMPRENTA DE ANGEL ORTEGA  
CALE DE ARIBAU, 7  
1925



DR. FRANCISCO NABOT Y TOMÁS

PROFESOR DE ESTA UNIVERSIDAD LITERARIA

---

ELOGIO  
DE MIGUEL DE CERVANTES  
SAAVEDRA

POR EL

RDMO. DR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

ARZOBISPO QUE FUÉ DE TARRAGONA

EN LAS SOLEMNES HONRAS FÚNEBRES CELEBRADAS  
POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EL 26 DE ABRIL DE 1916

EN LA PARROQUIAL IGLESIA DE SAN JERÓNIMO

EL REAL DE MADRID EN EL TERCER

CENTENARIO DE SU MUEETE

---

Publicado en LA ACADEMIA CALASANCIA

(Febrero y Mayo-Junio de 1925)

Con Licencia Eclesiástica

BARCELONA

IMPRENTA DE ANGEL ORTEGA

CALLE DE ARIBAU, 7

1925

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

José Soler, Sch. P.

*Barcelona, 25 de Junio de 1925.*

IMPRÍMASE

EL VICARIO GENERAL,

Pascual Liópez

Por mandato de Su Sría.,

**Lic. Salvador Carreras, Pbro.**

Scio. Canc.

*A un distinguido amigo  
Dr. D. Emilio Garrigós  
en copia:  
F. M. Soler*

**E**N atención a las tristísimas circunstancias de la Guerra Europea, el Gobierno suspendió las fiestas y ceremonias que se preparaban en España para celebrar el tercer centenario del fallecimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, Príncipe de nuestros ingenios e inmortal autor de EL QUIJOTE. La Real Academia Española, empero, no quiso dejar pasar fecha tan memorable, completamente olvidada y para ello convocó dos certámenes literarios, preparó una solemne sesión conmemorativa y dispuso unos funerales por el alma del incomparable escritor. Los demás actos quedaron aplazados para después que pasasen los horrores del conflicto mundial. Como el homenaje que se intentaba realizar era de carácter internacional, el Gobierno muy acertadamente entendió que la solemne conmemoración del centenario no podía tener ocasión entonces, sino solamente cuando la suspirada paz hubiese vuelto a imperar en el mundo y a unir a los hombres, extinguidos los odios y las ambiciones, en la concordia cristiana y en el santo amor y temor de Dios. Para entonces España invitaría noble y gentilmente a todos los pueblos y civilizaciones para que viniesen aquí a sellar su paz y amistad y a ofrendar al *Príncipe de las letras*, juntamente con nosotros, el tributo de su admiración y alianza.

El año 1916 correspondía celebrar por la Real Academia Española, lo que suelen llamar «honras grandes» en honor de Cervantes, pues celebra anualmente las de sencillo aniversario y cada cinco las de mayor solemnidad. Por ser Domingo de Pascua el 23 de abril del referido año, se trasladaron los magnos funerales al miércoles día 26. La Real Academia Española dispuso, dado el concurso de fieles que se esperaba, que la función religiosa tuviese lugar, no en la histórica iglesia del Convento de las Madres Trinitarias, como en los años anteriores, sino en la parroquial de San Jerónimo, donde se constituyó corporativamente el día mencionado.

«Pocas veces, leemos en el Boletín de la Real Academia Española (tomo 3.º, pág. 299), se habrá presenciado en España un acto más solemne y grandioso que el del día 26 en la iglesia de San Jerónimo del Paso, cuyo aspecto, a la vez severo y grandioso, daba realce a la función, pues además, se hallaba lujosamente adornada con grandes colgaduras de terciopelo y oro, e iluminada con profusión de grandes blandones, candelabros y centenares de luces eléctricas. En el centro, al pie del presbiterio, se había dispuesto un suntuoso catafalco cubierto de grandes paños de terciopelo negro, rodeado de gigantescos candelabros metálicos que refulgían vivamente. Sobre el catafalco y en precioso almohadón, habíase colocado un ejemplar de la soberbia edición del Quijote hecha por la Academia Española en 1780, en cuatro volúmenes en folio, encuadernados con esmero, y durante el oficio, dieron al monumento guardia de honor veteranos inválidos, todos mancos (como Cervantes), que se relevaban con frecuencia.»

La concurrencia fué extraordinaria. Ocupaban el Presbiterio el Emmo. Sr. Cardenal Guisasola, Arzobispo de Toledo; el Rdmto. Dr. López Peláez, Arzobispo de Tarragona y los Ilmos. Sres. Obispos de Sión y San Luis de Potosí, doctores Cardona y Montes de Oca respectivamente.

En sitios de distinción se hallaban los Sres. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el Comandante General del Cuerpo de Inválidos (por haberlo sido Cervantes, de la batalla de Lepanto y figurar como perpetuo en el Escalafón del Cuerpo), Gobernador Civil, casi todo el Cuerpo diplomático residente en Madrid, oficiales de la Real Armada presididos por un General de Artillería de Marina (en cuyo Cuerpo Cervantes sirvió tan gloriosamente), el Cura-Párroco de

Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, en cuya parroquia fué bautizado el gran escritor, y el Alcalde de la gloriosa e inmortal ciudad. La Real Academia en corporación con su ilustre Presidente se hallaba acompañada de representaciones de todas las demás. El clero y las órdenes religiosas estaban dignamente representados en gran número.

La Santa Misa fué celebrada de Pontifical por el Excelentísimo Dr. D. José M.<sup>a</sup> Salvador y Barrera, Obispo de Madrid Alcalá. El canto de la parte religiosa fué desempeñado magistralmente por la Capilla de música coral acompañada de órgano y de nutrida orquesta. La ejecución de las obras de Perossi, Eslava, Victoria y Palestrina resultaron de una grandiosidad imponente que realizaban hasta lo incomparable la sublimidad inmensa, infinita del Sacrificio incruento y santísimo.

Las honras fúnebres mandadas celebrar por la primera corporación literaria del reino, tienen oración sagrada cada cinco años y por razón del Centenario, quiso la Real Academia, que el orador sagrado perteneciese a la categoría más alta de la Iglesia y de la elocuencia, y al efecto, solicitó del insigne Sr. Arzobispo de Tarragona Dr. D. Antolín López Peláez, (q. e. p. d.), su académico correspondiente, se dignase pronunciar el elogio fúnebre de Cervantes en las referidas exequias.

El Prelado de Tarragona aceptó tan honorífica solicitud y después del solemne funeral y ante las más altas representaciones de la Iglesia, de la ciencia y de la política, y durante largo tiempo, cautivó la admiración y el fervor de todos con su palabra profunda y grandilocuente.

El elogio fúnebre de Cervantes por el Sr. Arzobispo de Tarragona, tiene por objeto principal estudiar al Príncipe de los ingenios en su resignación y paciencia ante las adversidades y contratiempos de su vida, que fueron muchas y muy grandes, todas siempre sobrellevadas con heroica virtud. La oración fúnebre del Dr. López Peláez, resultado de un estudio intensísimo de Cervantes y sus obras y de los trabajos de un sinnúmero de ilustres escritores, tales como Mayans, Quintana, Pérez Pastor, Hartzenbusch, Gayangos, Fernández Guerra, Marqués de Pidal, Aribau, Manuel de Castro Alonso, Marqués de Molins, Cayetano de la Barrera, Menéndez Pelayo, Cortejón, Mir, Cotarelo, Rodríguez Marín, Prósper Merimée, Fitzmaurice-Kelly, Tiknor, etc., que tan magistralmente han investigado sobre Cervantes, es un estudio impor-

tantísimo por su novedad, ya que apenas si se había estudiado la parte ética o volitiva del autor de *El Quijote*. Presenta el Sr. Arzobispo de Tarragona datos y detalles no conocidos o ligeramente tratados respecto del carácter moral y resignación del gran escritor alcaláino. No vacilamos en afirmar que el elogio de Cervantes que presentamos a nuestros lectores contiene datos biográficos completamente nuevos y que dicho sermón debe ser consultado por cuantos aspiren a conocer a fondo la vida del gran ingenio de la lengua castellana. Gracias al acierto de la Real Academia Española de imprimir a sus expensas la indicada oración fúnebre, hoy nos es dado saborearla y presentarla cual riquísimo manjar a la consideración del público ilustrado.

Constituye dicho discurso un folleto en 4.º de 38 páginas con el siguiente título: «Elogio de Miguel de Cervantes Saavedra, pronunciado por el excelentísimo Sr. D. Antolín López Peláez, Arzobispo de Tarragona, en las solemnes honras fúnebres celebradas por la Real Academia Española en la Iglesia de San Jerónimo de esta corte, el 26 de Abril de 1916, con motivo de cumplirse el tercer centenario de la muerte de aquel Gran Ingenio; impreso a expensas de la Academia. Madrid, Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1916. El texto va acompañado de numerosas notas de gran erudición. La Real Academia Española en el Boletín que publica y que antes hemos citado, compendia en las siguientes palabras la preciosa oración fúnebre de su insigne Académico correspondiente: «Ocupó la cátedra sagrada el académico correspondiente D. Antolín López Peláez, arzobispo de Tarragona, y, después de un elocuente exordio trazó a grandes rasgos lo que en diversos órdenes significa la vida del autor del *Quijote*, especialmente en el campo de la virtud y grandes cualidades morales de que en todo tiempo dió cumplida muestra. Estudió luego, con más espacio, los períodos de su juventud, lo mismo cuando en Lepanto su amor a la Patria y su heroísmo rayaron en lo sublime, que cuando en el cautiverio supo, con incomparable paciencia, soportar los duros tratos de sus tiranos opresores, y tuvo resignación bastante para que, pudiendo libertarse con preferencia a su hermano menor, hizo que este volviese antes a los brazos de sus padres. Dedicó también sentidos párrafos a narrar las desdichas del grande hombre, su constante pobreza y la dulce resignación con que supo conllevarlas, sin que en sus obras se trasluzca odio ninguno a la sociedad



que siempre le negó su amparo, sino aquella ironía mansa, que es hoy uno de los mayores atractivos de ellas.»

Por esto, a fin de que nuestros lectores puedan formar cabal concepto de Cervantes, desde el punto de vista en que le consideró el llorado Arzobispo y polígrafo, con el objeto de que aprecien en conjunto la serie de innumerables desdichas que le afligieron y las heróicas fortaleza y paciencia con que, casi siempre supo soportarlas, para que, por último, puedan conocer, si no todas, al menos, las principales bellezas y los párrafos más hermosos, delicados e importantes del magistral *Elogio*, nos complacemos en copiar a continuación algunos trozos del mismo. Por ellos se verá, que el sabio Arzobispo que fué de Tarragona, procuraba ser siempre Apóstol y para serlo con creces, ciertamente se le prestaba magnífica, aquella ocasión solemnísimas, en la cual se hallaba congregada en el amplio y esbelto histórico gótico templo de San Jerónimo, única reliquia que nos resta del célebre Monasterio que allí floreció, un inmenso selectísimo público intelectual, constituido por las personalidades más ilustres de la Iglesia, la Ciencia, el Foro y la Política. A la grandeza moral del *Elogio* acompaña sereno y reposado estilo, exento de todo énfasis, siempre correcto, pulcro y atildado y con el pensamiento siempre de edificar y de conmover el corazón de cuantos tuvieron la dicha de ser sus oyentes.

He ahí el exordio, en extracto: «La Real Academia Española de la Lengua, a fuer de española, había de ser cristiana: había de serlo, porque se la ha constituido en ángel guardián del depósito sagrado de una lengua, la más propia para hablar con Dios, la que hablarían los ángeles si de alguna usaran, la que emplearon nuestros incomparables místicos para declarar a los hombres los portentos de amor de la Revelación divina. Esto pensaba al asistir la vez primera a una sesión y leer, por reiterado encargo de su dignísimo actual Presidente, las preces latinas con que comienzan y acaban todas.

»Esto pienso ahora al asistir a la piadosísima función fúnebre anual, con sermón cada quinquenio, que se consagra a Miguel de Cervantes y demás ingenios españoles. Tan devoto acto, ¿no supone y descubre la creencia en el Sacrificio de la Misa, en el Purgatorio y en otros dogmas que a la única fe verdadera distinguen de las verdaderas confesiones con impropiedad dichas cristianas? Sabeis, señores Académicos, que la muerte no corta toda comunicación entre los que se aman; que podemos auxiliar y favorecer a los que

dejaron la vida antes que nosotros; y, aprovechando el puente con que la Religión une dos mundos, llevais hasta vuestros fallecidos compañeros de Academia y de tareas literarias el homenaje, no de las flores, que separadas del tallo luego se marchitan, o de los perfumes, que muy pronto en el aire se desvanecen, o de las lágrimas, que al caer sobre las piedras del sepulcro se evaporan, o de los aplausos que, si se pueden repetir a la vez en todos los ecos de la tierra y pasar sobre las alas del tiempo de uno en otro siglo sin extinguirse ni menoscabarse, no pueden, no, servir de gozo ni de consuelo a los que habitan las diversas regiones de la eternidad adonde nunca llegan, sino de lo más íntimo y acendrado del alma, de lo más tierno y hermoso del corazón, las oraciones, que, fortalecidas al contacto de la sangre de Jesús, son capaces de apagar las llamas y romper las cadenas y abrir las prisiones donde nuestros hermanos pagan sus deudas y expían sus culpas, purificándose con objeto de dignamente comparecer ante el trono del Altísimo.

»No para recrear los oídos con armoniosas expresiones, ni para que la imaginación se deleite con la luz de brillantes y nada sólidos conceptos, que mal se ajustan a la sencillez de la predicación evangélica, para enfervorizaros en el santo amor a vuestros difuntos, habeis querido que en las honras funerales por la más docta Corporación del Reino dispuestas y presenciadas, dejasen escuchar su voz los oradores sagrados más elocuentes, de los cuales nos honra hoy uno con su presencia (el Ilmo. señor Montes de Oca). En sus discursos acabadísimos, donde tanto tenemos que aprender los que siempre somos principiantes, aunque particularmente se habla del Príncipe de los ingenios, no a él solo las loas se enderezan, porque otros son también el objeto de los sufragios. Si hoy volvieran a este púlpito, rezando por todos los escritores, no tratarían sino de aquel que escribió mejor que todos, por ser el año tres veces secular de su gloriosa muerte.

»En ocasión tan memorable me llamis a mí, cuya insuficiencia hasta tal punto es notoria, que me creo dispensado de recordarla, según, en casos parecidos, otros por humildad acostumbran. ¿Qué me cuadraría responder? Comprendí que se buscaba para la gran solemnidad, no el brillo de la elocuencia, sino el brillo de las insignias episcopales, no un orador, un Prelado, y como entre los de España ninguno más pertenece a la Academia Española, parecióme que la gratitud debida por la elección para miembro suyo, cuando de veinti-

cuatro no podían pasar los residentes fuera de Madrid, me obligaba, cuando me elegíais para predicador, a hacer el sacrificio de mi fama ante los que, no habiéndome nunca oído y sabiendo que me cabe la honra de sentarme entre vosotros, juzgarían por ventura que los votos que me dísteis no eran únicamente el resultado de vuestra bondad.

»No su talento, gratuitamente donado por Dios antes que de ningún modo lo mereciera, el buen uso de él es lo digno de aplauso, y muy entusiastas, aunque nunca en demasía, se los rendísteis algunos de vosotros al estudiar el inmortal escrito que sobre ese título se ostenta. ¡Ah! Su voluntad es más rica aún que su entendimiento, y los trabajos que sufrió, más admirables que los que hizo con la pluma, excediendo sus obras de virtud a sus obras literarias, aunque la alteza de éstas excede al mayor encomio. El escritor, con ser tan sublime, queda muy debajo del hombre; nada importaría para que dejara de loársele extremadamente el quitar de ahí ese libro, producto el más valioso de la inteligencia humana, como no quitáseis la espada que está a su lado.

»Ni con la mayor rapidez bosquejadas, por ser su vida en acciones meritorias tan fecunda, podrían abarcarse en los estrechos límites de un discurso necrológico. Su paciencia en los reveses de la adversidad, de los que las cadenas que junto a la tizona solían ponerse, son símbolo y demostración tangible, bastará para objeto de vuestra ilustradísima atención, a fin de no fatigarla demasiado.

»Nada nuevo escuchareis: ¿sobre qué podría yo deciros cosa que no conozcais? Pero ejemplos cual éste, ecuanimidad como la suya, ¿no aprovecha recordarlos? ¡Oh! Debeis tenerlos siempre ante los ojos los que vivís en las cumbres de la celebridad literaria, porque a las cumbres van a caer los rayos. El dijo que *las desdichas persiguen a los buenos ingenios*; y la experiencia cotidiana nos dice que no hay luz intelectual que no haga sombra ni brillantez a la que no tiene la negra envidia con su compañera la desalmada calumnia, ensalzando lo mismo que quiere deprimir y contra toda voluntad rindiendo pleitesía de elogios, pues no es envidiado sino lo que está más arriba y ninguno se ocupa de quien nada sabe.

»Costumbre muy propia de la humildad cristiana, encomendarse a la benevolencia del auditorio antes de entrar en materia, puedo yo omitirla, por conocer que los sabios sois los más benévolos y corteses; de lo que no prescindiré, es de impetrar la divina gracia, pues no otra cosa que un sermón



quiero que oigais, y, si no os sirviere de espiritual provecho, por inútil tendría el venir a este sitio.»

Explica a continuación, como desde la niñez experimentó Cervantes escaseces y privaciones, como ya joven dejó su patria para ir de criado, y como luego se hizo soldado. De su heroísmo en la batalla de Lepanto, dice: «Su valor en Lepanto traspuso las lindes del heroísmo. Más bravo que el león, que no acomete hallándose con calentura, al oír la señal del combate olvídase que está enfermo; su voluntad tiene más fuerza que los ardores de la fiebre, y, tambaleándose, sube sobre cubierta, pidiendo un puesto donde matar y morir. En vano se le prohíbe permanecer allí, pues su presencia, por la debilidad, más que inútil parece de estorbo. Insiste con patrióticas súplicas; y en sus palabras, que con letras de oro sobre mármol y bronce deberían estamparse, hay elocuencia tan encendida, que los jefes le colman los deseos, poniéndole al frente de doce hombres escogidos junto al esquife, sitio el más peligroso. ¿Cabe mayor heroicidad? Ved. Si destrózanle una mano, continúa blandiendo con la otra la espada; aunque nuevos plomos, buscándole el corazón, vienen a hundírsele en el pecho, sus pies no resbalan en el charco de sangre que brota de las fuentes de las heridas; venciendo al dolor, que le clava las garras con furia, prosigue erguido, como roca embestida por los aquilones de la tormenta, para animar a los suyos, con asombro de los contrarios, hasta que suena alegre el clarín de la victoria.

»¿Premio de su participación en la batalla? Después de seis meses de hospital, en los hospitales horribles de entonces, y con el uso de la mano izquierda perdido, un real diario, o sea tres escudos mensuales, uno por cada bala recibida.

»Tan ingenioso como hidalgo, encontró el medio de disparar el arcabuz, no obstante la manquera, pudiendo así permanecer en filas, y va de Italia a Oriente, y a Flandes, y a Africa, y pelea por distinguirse, y para ascender le proponen los jefes, y transcurren cinco años..... y no llega el ascenso. ¿Manifestóse nunca sin la satisfacción interior propia del buen militar? No. Lo que más adelante se trasluce en sus escritos, es la pena que le causaba el muy poco fruto que se obtenía de las felices disposiciones de nuestro ejército, y no, ciertamente, por culpa de sus generales.»

Tras estos sentidos párrafos detalla el orador tarraconense el larguísimo cautiverio de Cervantes en Argel, hasta su redención por el trinitario Fr. Gil: «Al venir a España para

gestionar personalmente que se le hiciese justicia, pudo comprender por tristísima experiencia cómo los batidos en el golfo de Lepanto continuaban siendo el terror de los mares. Comunicando su mala suerte a la nave suya, sepárala de las otras la tormenta, y al instante es acometida por fuerzas muy superiores. El socorro llega a tiempo para salvación de algunos; pero no de él y su hermano, que más valientes sin duda en resistir, se expusieron a mayor peligro.

»¡Quién ponderará, oh cielos!, lo que se afligiría al ver tronchada de pronto la flor de sus ilusiones y en tinieblas convertirse la aurora de sus esperanzas, y verse conducir, oprimido de ignominiosos hierros, brutalmente empujado por la soldadesca, entre los insultos y burlas del populacho, por las calles de Argel, a las mazmorras, sepulturas de vivos, donde le aguardaban tormentos crueles, aunque no tanto para su hidalguía como la pérdida de la libertad! *Paso y punto fué éste—dijo después—que desmaya la imaginación cuando de él se acuerda la memoria.*

»¿Qué extraño si escribe: *El cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres?* El suyo agravóse por las cartas de recomendación que traía para la Corte. En la Corte no le servirán de nada cuando las presente; aquí le sirven ahora para colmo de infortunio. Por su contexto se le juzga persona abundante en riquezas, o cuando no, en muy altos amigos; y se le hace la prisión más difícil de evadir y más áspera de soportar, para que con mayor insistencia pida el envío del rescate, cuyo precio sobre lo común se evalúa.»

Siempre rechazó Cervantes, como católico de verdad que era, todo pensamiento de apostasía. No pocos cristianos cautivos conseguían con ésta la libertad y aún títulos y honores: «Lejos de admitir las sugestiones de la apostasía, temperamento de apóstol y de mártir, se convirtió inmediatamente en el Moisés de aquel pueblo cristiano, sujeto a más dura esclavitud que el israelita entre los egipcios...

»¡Abjurar él! Todo lo contrario. A los que ese extravío sufrieron los procuraba tornar a la senda de la fe; a los que veía vacilantes, apoyábalos para que no cayesen; a los que encontraba en mayor necesidad, socorríalos, aunque para quitarles el hambre tuviera que quitarse el pan de la boca, aunque para que ellos descansaran viniese a reemplazarlos en las tareas, terminando la suya antes de tiempo con más prisa...

»Ya en España, continúa el calvario de Cervantes. Desem-

peñó algunas misiones sin recompensa ninguna y en la corte tampoco halló favor. No pudiendo servir al rey se puso a servir particulares convirtiéndose allá en Andalucía en ejecutor o agente para suministros a la llamada flota *Invencible*; no pudiendo ayudar con su arcabuz a los que iban a morir por la Patria, ayudábales con llevar a los buques lo que habían de comer.

»A los pocos años aquella vida se le hizo insufrible. Un hombre dotado de prodigiosa afición al estudio, y bulléndole en la mente ideas fecundísimas, que para cristalizar en libros maravillosos necesitaban solaz y descanso, veíase metido en las engorrosas comisiones de recoger aceite y trigo, y llevar éste a los molinos y conducir la harina a los lugares designados, siendo su trato y conversación, no con poetas y novelistas, sino con molineros y venteros y arrieros y alguaciles y gente del mismo jaez, y la ganancia, diez o, a lo sumo, doce reales diarios, que tarde, mal o nunca llegaban a su escualido bolsillo.

»Tampoco estuvo afortunado Cervantes, en conseguir, como hubiese deseado, un destino en América. Por doquiera le perseguía la pobreza y la ingratitud. Ante esta situación pregunta el Dr. López Peláez: ¿Cuál fué su actitud ante desafueros tan reiterados? Devolvió bien por mal, devoró sus lágrimas, ahogó sus penas para darnos con que reir perpétuamente. En lóbrega cárcel principió a escribir el luminosísimo *Quijote*, que imprimirá cuando se halle mucho mejor de fortuna. Allí no necesitaba trabajar para comer y trabajó el libro que más honra a su Patria.»

«... No se conoce en el mundo éxito semejante a un libro. Mas ¡ay! El cuitado, en una hora de apuros, y todas eran para él apuradas, vendió en unos mil reales su propiedad; y cada edición, tan numerosas que ya en el primer año se hicieron seis, le veía en igual pobreza, no remediada con vender las *Novelas ejemplares* a razón de 34 pesetas cada una.

»Cuando pensaba aliviarla con la segunda parte del libro inmortal, ve que éste es continuado por otro autor, quien no se avergüenza de decir que lo hace para quitarle la ganancia... »

»¿Qué contestó el héroe de cien gloriosos combates? Su respuesta modelo debe ser para todos los injuriados. Manifiesta su dolor, ¿cómo no tenerlo, teniendo alma?, y pulveriza enteramente las calumnias y los insultos; pero la punta de su sátira, como en todas las ocasiones, resbala a flor de

piel, sin buscar el corazón del adversario; huye de entrar en su vida privada, y ni siquiera le quita el antifaz con que se oculta; y hay en sus frases tanta dignidad, tal nobleza y altura de sentimientos, que al leerla debió sentirse avergonzadísimo su contradictor, si es que era capaz de avergonzarse.

El autor del *Viaje del Parnaso*, que tuvo que emprender muchos otros «menos poéticos y de más fatiga, aunque no sin fruto para las letras», no encontró empresario para representar comedias que «todos los siglos aplaudirán. *La Galatea* «tan ponderada de sus contemporáneos» y que se sabían casi de memoria los caballeros que figuraron en una embajada del Rey francés, quienes «encarecían *la estimación en que así en Francia como en los reinos sus confinantes, se tenían sus obras*» y el *Viaje de Persiles y Segismunda*, y demás obras suyas, tampoco le dieron medios bastantes de vida. «Y los ricos, exclama el sabio Arzobispo, entonces como hoy, solían ser tan pobres de inteligencia que no alcanzaban cuán fácilmente podían hacerse inmortales protegiendo a los que gozarán de inmortalidad gloriosa. Le pagaron los servicios que les hacía en la vejez, gestionando sus negocios; no los que hizo a la Patria enalteciendo las letras. Aquel a quien se dedicara la primera parte del *Quijote*, no mereció que se le dedicase la segunda. En las postrimerías de su ancianidad un aristócrata le hizo algunas limosnas, aunque también le hizo pasar por el gran disgusto de no llevarle consigo a Nápoles, y un Arzobispo le puso en la lista de los literatos viejos y pobres a quienes socorría. No les regateemos elogios.»

Explica más adelante el Sr. Arzobispo de Tarragona las desgracias de Cervantes en su familia y las desgracias de la familia española que llegaban al alma del egregio autor de *La Galatea* y las *Novelas Ejemplares*.

«¿Quizá en el seno de la familia encontró dulzuras que hiciesen menos llevaderos sus trabajos? No es muy posible...» Y después de relatar sus infortunios, añade el Dr. López Peláez: «¡ Oh! ¡ Si a lo menos hubiese sido feliz la gran familia española, la Patria, que él consideraba como su segundo hogar y a la que rendía fervoroso culto! Las desdichas de la nación le llegaban al alma como si fuesen propias; y su patriotismo sufría atrocemente viendo que Felipe II, al dejar su reino, en expresión de Ranke, *agotado en hombres, cargado de deudas, declarados en rebelión sus enemigos y sus súbditos*, dejaba, para sustentar aquel imperio, que por todas partes

principiaba a desmoronarse, *un hijo, que manifestaba incapacidad completa.*»

«Cuando fué vencida totalmente la *Armada invencible*,... percibe que habíamos bajado el primer escalón de una decadencia irremediable y grita en el colmo de la angustia, aunque animado todavía por la esperanza: *¡Oh, España, madre nuestra!*»

Alude luego a la muerte del portentoso literato con las siguientes palabras:

«Tantas tristezas de toda clase, que cada día se descubren según aparecen nuevos documentos cervantinos, hiciéronle enfermar del corazón; y corazón muy fuerte debía ser el suyo cuando tales golpes resistió sin dejar de latir con afectos generosos para empresas altas.

»El gigante cayó por fin a tierra. Al estruendo, ¡vuelve ninguno los ojos? Profeso terciario de San Francisco al venirle la última enfermedad, tal vez no por devoción solamente, sino *para ser enterrado por la Orden, por no tener con qué sufragar los gastos del entierro*, según sospechaba un académico muy piadoso, su funeral fué tan pobre como el del último cofrade. Su sepultura, la fosa común. Nadie puso sobre ella monumento, lápida, inscripción, signo, algo que la distinguiese.»

En los últimos párrafos de su portentosa oración fúnebre, dirigiéndose a los académicos exclama el Dr. López Peláez: «Los que por derecho inconcuso ocupáis las sillas más elevadas en el templo de las artes y de las ciencias, corréis peligro de que no se os perdone el brillar, el sobresalir, creyéndose que os oscurecéis a los que quedan por debajo. La humanidad, ¡cuán poco mejoró desde los días de Cervantes! Su tolerancia y mansedumbre os sirvan no sólo de objeto de admiración y motivo de estudio, sino, y muy principalmente, para ser imitadas.»

Por fin, se refiere a la creación del Instituto Cervantes para honrar su memoria y albergar a los literatos pobres y concluye diciendo: «Ya que no se pueden remediar las desdichas de Cervantes, justísimo es y oportuno que glorifiquemos su memoria, uniéndola a una fundación que a sus imitadores en el cultivo de las letras evite el vivir, a semejanza suya, en la estrechez, para finar en el abandono... Nada más útil para conmemorar el Centenario de su Muerte, después de las misas por su alma, no del todo exenta de defectos, que siempre vive, y cuyo descanso, de que gozó muy poco en la tierra,



le deseamos en el Cielo, y os suplico imploréis de la clemencia divina, repitiendo las preces litúrgicas: *Requiescat in pace. Amen.*»

Después de tan preciosa joya sagrada, terminó la ceremonia religiosa, a la una menos cuarto, con el grandioso *Responso* de Eslava, que «rezó—el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá—acompañado por el coro de voces y orquesta, trozo sublime (*Boletín*, l. c.) de armonía, que el público escuchó con embelleso, muy especialmente por la perfección desplegada por los ejecutantes.» Fué el majestuoso e imponente *Responso* la coronación de aquella solemnidad, viniendo sus sublimes y conmovedoras melodías a acrecentar las dulces e inefables impresiones y altísimos pensamientos y afectos despertados y arraigados en sus inteligencias y corazones por la Santa Misa y el magistral sermón. Semejante virtud tienen tamañas grandezas. Nos confunden, nos humillan ante Dios y luego nos levantan a El para más amarle y dichosamente poseerle.

El venerable Metropolitano de la Provincia eclesiástica de Cataluña honró con su elogio fúnebre al inmortal Cervantes y a la Real Academia Española y esta altísima corporación literaria, la más ilustre del reino, honró asimismo a Cervantes y al Sr. Arzobispo de Tarragona.

Felicitaciones entusiastas merecieron el incansable polígrafo tarraconense por su eruditísimo y ejemplar discurso y la Real Academia Española por haberse honrado, asociando a sus tareas y a su piadoso homenaje al glorioso autor de *El Quijote*, a tan docto prelado a quien había nombrado académico correspondiente pocos meses antes de abandonar su obispado de Jaca de tan glorioso recuerdo.

El hecho doble del nombramiento de académico a favor del Dr. López Peláez y de predicador en los funerales del tercer centenario, por la Real Academia Española, nos demuestra una vez más la verdad de que el insigne Prelado fué una gloria de la Iglesia, de la ciencia y de la patria, verdad solemnemente proclamada por el testimonio de su apostolado y el de todas las clases sociales. El clero, la milicia, la ciencia, y los organismos sociales más importantes de España, le pedían de continuo sermones, conferencias, discursos, libros, consejos y alientos. ¿Qué prueba esto, sino que el Dr. López Peláez era un grande entendimiento y un grande y noble corazón?

El sermón de Cervantes debe divulgarse al igual que sus



demás admirables escritos. No nos cansaremos de repetirlo porque estamos plenamente convencidos del inmenso bien que ha de seguirse de ellos. Decimos que el elogio de Cervantes ha de difundirse: primero, porque es una nueva contribución a la vida de este ingenio; en segundo lugar para enseñar a todos, la paciencia y la resignación ante las adversidades y la fortaleza de espíritu ante los atropellos, calumnias e injusticias; y por último, para que sean muchas las oraciones que por su alma y las de los demás escritores se elevan a Dios pidiendo siempre a fin de que los que han recibido del cielo el excelso don de escribir, escriban constantemente según los dictados de la recta razón y de la justicia y de la ortodoxia católica.

---



PUBLICACIONES DEL AUTOR

- Contrastes. Publicado en el Calendario de la Familia para 1910 de *La Semana Católica* de Madrid.
- ¡Católicos: a defender la Iglesia! (Publicado en *La Propaganda Católica* de Palencia: 12 de Septiembre de 1908).
- La Quinta Semana Social de Barcelona. (Reseña publicada en *La Semana Católica* de Madrid: 1910).
- Para después de la infancia.
- Religión y Ciencia.
- El Apostolado de la buena Prensa.
- La prensa en la acción católica.
- Los libros de Menéndez Pelayo y la prensa católica.
- La bandera de la buena prensa.
- El remedio de la prensa católica.
- Los católicos y la prensa.
- Los periódicos en la sociedad.
- La buena prensa a Santo Tomás de Aquino.
- El Obispo de Jaca defensor de la Iglesia en el Parlamento. (Publicado en el homenaje de *La Aurora del Pirineo* al Dr. López Peláez).
- Memoria del Congreso de Congregaciones Marianas de Palma de Mallorca. (Publicada en la *Crónica* del mismo).
- Memoria del Congreso de Congregaciones Marianas de Tarragona. (Publicada en la *Crónica* del mismo).
- La prensa en las fábricas.
- Difundamos la prensa católica.
- Acordaos del cielo.
- Programa de Paleografía.
- El Rdmo. Sr. Arzobispo López Peláez y la Buena Prensa.
- Pensamientos sobre la brevedad de la vida y la muerte, del Rdmo. Arzobispo Dr. López Peláez.
- Carta del Emmo. Sr. Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de S.S. León XIII al Ilmo. Dr. D. Antolin López Peláez, siendo Magistral de Lugo. (Publicada en *Semanario Católico* de Reus).
- Plática Eucarística del Rdmo. Dr. López Peláez, Arzobispo de Tarragona, a los Sacerdotes del Congreso Litúrgico de Montserrat.
- Los *Cartularios* de las Catedrales y Monasterios de España en la Edad Media.
- Desagravios a la Virgen*. Sermón del Rdmo. Dr. López Peláez, Arzobispo que fué de Tarragona, en el Santuario de Misericordia de Reus.
- Los efectos del periódico en los pueblos. (Publicado en el *Boletín de la Obra de Buenas Lecturas* de Barcelona: Enero de 1910).
- Necesidad de la labor social.
- La Criminalidad. (Publicado en *Semanario Católico* de Reus. Enero de 1925).
- Elogio de Miguel de Cervantes Saavedra por el Rdmo. Dr. D. Antolin López Peláez, Arzobispo de Tarragona, en las solemnes honras fúnebres celebradas por la Real Academia Española en el tercer centenario de su muerte.
- El Rdmo. Sr. Dr. D. Antolin López Peláez, Arzobispo que fué de Tarragona considerado como escritor. (Publicado en la *Página Literaria* del *Correo Catalán*. 3 Abril de 1925).
- Actividad incansable del Rdmo. Dr. López Peláez. (Publicado en *La Sagrada Familia* de Barcelona. Núms. 1 y 16 de Mayo de 1925).
- El deber de la gratitud. (Publicado en la *Revista católica de cuestiones sociales*, de Madrid. Mayo de 1925).
- Solemnidades Pontificales y Sesión necrológica. (Publicado en *Reseña Eclesiástica* de Barcelona).
- La prensa gráfica.
- El Jubileo del amor. Aurea alocución del Arzobispo tarraconense, Dr. López Peláez, en el de la Porciúncula de 1916.